CAPÍTULO VIII

—El guerrero—

30

La soledad rodeaba a Eros en la penumbra del calabozo. Llevaba varios minutos inmóvil, aferrado con sus manos a la reja que lo privaban de la libertad. No había cambiado su postura desde que el guardia se había retirado, y su mente había quedado perturbada por la reacción inesperada de Kalevi. Había imaginado ser reconocido por la información que poseía, sin embargo, su imprudencia casi le había costado la vida.

Dejó su reflexión cuando una fría ráfaga rozó una de sus mejillas. Se sorprendió ante la intensidad con la que el viento circulaba dentro de la celda. Fue entonces cuando abandonó su pasividad para inspeccionar el recinto.

Un jarrón de barro cargado de agua era el único objeto allí dentro. Las paredes de piedra estaban en ruinas. El piso parecía de tierra, ya que el sedimento acumulado escondía su verdadera consistencia. La oscuridad casi absoluta impedía distinguir el techo, el cual era extrañamente alto, como si el recinto hubiera tenido un destino diferente en el pasado. Las condiciones generales eran deplorables, pero el rasgo más inverosímil se concentraba en el fondo de la mazmorra. Allí, una pared casi destruida conducía al exterior. El agujero era inesperado tratándose de una prisión. La abertura medía al menos tres veces el tamaño del joven y era la causa de las fuertes ventiscas que azotaban el espacio.

Se acercó a la grieta atraído por lo que, en primera instancia, parecía un escape asegurado. Apoyó sus manos sobre los restos del muro y asomó la cabeza a través del hueco. Se estremeció ante la profundidad del precipicio que se extendía más allá de las sombras. La perfecta salida no era más que una trampa mortal para quien intentase huir. La pendiente era tan abrupta e intimidante que resultaba imposible de afrontar.

Antes de quitar la vista del abismo, uno de los adoquines sobre los que estaba apoyado se desprendió y descendió en caída libre. Eros trastabilló y se aferró con desesperación a la estructura, paralizado por el miedo. Atónito, permaneció observando como la roca se alejaba dando golpes contra la inmensa torre hasta esfumarse en la penumbra. Pocos segundos después, se oyó el estruendo del objeto al impactar en el suelo.

La escena había sido abrumadora, dando el cierre a una pésima jornada. Extenuado física y mentalmente, se apartó del precipicio y se recostó sobre el suelo. La incomodidad y el frío no fueron obstáculos para que conciliara el sueño rápidamente, sus energías habían claudicado.

Tras aquella noche trágica, los días siguientes no amanecieron con mejor suerte. Había perdido contacto con todo individuo, y el olvido había sido más verdugo que el propio encierro en aquella torre. Tras aceptar que lo habían abandonado en aquel lugar a su suerte, había comenzado a racionalizar la provisión de agua y a alimentarse de insectos para engañar la hambruna. Durante el día, la grieta propiciaba una vista imponente de las montañas y de la Torre del Homenaje. La claridad le había permitido observar la inmensidad del abismo, que recorría la parte trasera del castillo y continuaba sobre la ladera de la montaña hasta su lecho.

El aislamiento se convirtió en un pasaje a la locura. Desesperado, había intentado derribar la reja una y otra vez, pero la firmeza de los barrotes truncaba su esfuerzo. También había considerado descender por el abismo, pero su instinto de supervivencia lo convencía de evitar la osadía. Prevalecía latente, en cada instante, el llamado de auxilio a Agatha, pero no quería exponerla ante los guardias. Por momentos, pensaba que habría sido un error haber evitado la ejecución ordenada por Kalevi. Su única opción consistía en esperar al día del aniversario y aguardar atento a lo que le deparara el destino.

Había perdido la noción del tiempo y los días de encierro. La pesadumbre se había adueñado del espacio y se tornaba insostenible, hasta que una mañana, algo rompió la monotonía. Eros abrió los ojos aturdido por el estruendo de tambores, el sonido era abrumador y retumbaba aún más fuerte al enredarse con el eco de las escaleras. El ritmo era alegre y festivo, lejos de un trasfondo militar.

Sorprendido, logró recuperar la atención escapando del letargo de los últimos días. Poco después, se incorporó el sonido de trompetas, cientos de ellas en una sintonía perfecta y verdaderamente bella que, en contraste a las sombras que lo gobernaban, se presentaba como un guiño de esperanza.

Poco después, el ambiente se quebró con el griterío ensordecedor de una muchedumbre alborozada. Había una sola razón que lo justificaba: el día del aniversario había llegado y sus festejos acababan de comenzar.

La mañana lucía esplendida, y el tenor del ambiente parecía anunciar que el pueblo entero se había reunido en el castillo esperando la gran ceremonia que seguramente se desarrollaría más tarde.

Por su parte, Eros permanecía expectante recordando las predicciones del comandante. Había llegado la hora de la verdad, y el desenlace de aquella jornada definiría el curso de su destino y, eventualmente, el del reino también.

Dada su posición poco podía apreciar del avance del evento, pero el abanico de sonidos que acaparaba el espacio le permitía volar con la imaginación. Recordaba las celebraciones del sur y gratos momentos festivos. La melancolía flotaba en el ambiente y lo invitaba a recrear en su mente lo que estaría aconteciendo allá afuera, hasta el punto de sentir que lo compartía.

De esta manera pasaron las horas, viviendo una experiencia de júbilo efímera de la que se había aferrado, aunque no le pertenecía. Finalmente, la tregua se diluyó con el primer rayo de luz que se coló por el hueco de la pared. La grieta de la mazmorra ofrecía una vista inmejorable del atardecer de Tibur, probablemente, lo único valioso durante su reclusión. Pero aquella tarde era distinta, ya que el ocaso se llevaría los últimos festejos y la posibilidad de demostrar la verdad de sus palabras ante el rey Kalevi. Eros tenía sentimientos antagónicos, no quería que el pueblo del oeste fuera azotado, pero tampoco perder la vida a causa de lo que podría ser una falsa alarma.

El sol comenzó a descender entre las montañas y, como en los días previos, la claridad comenzaba a disminuir raudamente. El jolgorio se había apaciguado dando indicios de que la ceremonia había culminado. El tiempo se agotaba y el corazón le latía con fuerzas. Su sentencia de muerte empezaba a susurrarle una lúgubre melodía a los oídos. No dejaba de recriminarse el fracaso que había resultado su misión. Decepcionado, sentía que había arriesgado la vida para perderla de la manera más ingenua y absurda.

Abatido y resignado, se asomó por la abertura y, por primera vez, consideró la idea de arrojarse al vacío. Había llegado a la conclusión de que preferiría tomar esa decisión extrema antes de ser ejecutado o deshidratado en prisión. Inevitablemente, sus esperanzas se habían derrumbado.

Cuando el final parecía estar definido, el destino jugó una última carta. Eros levantó la vista y advirtió extraños movimientos sobre la ladera de la montaña. Luego, con mayor atención, identificó a un hombre portando una sofisticada armadura, quien se arrastró hasta esconderse detrás de una roca. A los pocos segundos, una decena de soldados aparecieron en escena colocándose en posiciones similares. Asombrado, Eros se ocultó y asomó lo suficiente del torso como para continuar visualizando lo que acontecía.

De inmediato, supo que los hombres eran enemigos, las corazas que utilizaban eran inconfundibles, se trataba del ejército del norte. Lo que le había dicho Kol dejaban de ser meras palabras y se materializaban en un peligro inminente.

La tarde agonizaba y aumentaba más y más el número de guerreros que fortalecía la formación. Sigilosamente, los soldados estaban preparando un ataque implacable para abordar el castillo. En lo alto, Eros se inquietaba ante las filas de guerreros que rodeaban el fuerte, pero su mayor preocupación radicaba en que aún no había oído los cuernos o las trompas alertando la amenaza. La encrucijada dejaba en claro que la distracción de los festejos había sido determinante en el descuido de los puestos de vigía.

La situación era muy crítica, y el joven decidió dar aviso de inmediato. Corrió hacia la reja y llamó enérgicamente a los guardias. Desde su posición, sus gritos eran inútiles, sin oportunidad de ser escuchados, pero lo intentó de todos modos. Continuó clamando con vehemencia y desesperación, pero los segundos corrieron y no recibió respuesta alguna. En un acto de impotencia, tomó el jarrón y lo estrelló contra los barrotes. El impacto no ayudó en nada y derramó las últimas gotas de agua que disponía.

Con resignación, volvió a la grieta. Mientras caminaba, advirtió un gran resplandor que provenía del exterior. Al observar el panorama, quedó petrificado. La masa de soldados había aumentado significativamente y ya no tenían reparo en esconderse. Muchos de ellos habían desenfundado sus arcos apuntando en dirección al castillo. Las flechas tenían puntas ardientes, conformando un cordón de fuego a punto de impartir un ataque feroz.

En ese instante de máxima tensión, se oyó resonar la alerta de peligro desde lo alto de la torre. El estruendo del cuerno retumbó en el castillo y sus alrededores. Luego se sumaron los tambores, esta vez no entonaban un ritmo festivo, sino una agresiva e intimidante secuencia de golpes, un grito de guerra.

En respuesta, el espacio se iluminó con el fulgor de las flechas norteñas. Volaban incandescentes cortando el aire con silbidos terroríficos, dejando estelas de fuego flotando en el cielo como bocanadas de dragones. En cuestión de segundos, se instaló un bullicio estremecedor que provenía desde el interior del castillo. Le llegaban los gritos de terror de sus habitantes, quienes comenzaban a padecer las consecuencias y a caer en el asedio de los atacantes.

El joven se ocultó detrás de los restos de la pared para protegerse. Una vez más, el destino lo enfrentaba ante una situación desesperante, pero en esta ocasión no tenía oportunidad de defensa. No podía hacer otra cosa más que implorar a los dioses por sobrevivir.

Una segunda oleada de flechas acaparó la noche con sus llamas, y luego explotó el grito desaforado del enemigo. El sonido había sido claro y decisivo. La formación del norte habría roto filas para desatar la batalla, la misma que Eros había intentado advertirle al rey Kalevi.

31

La guerra siempre tuvo dos caras, tal como una moneda. La táctica y la estrategia en su lado más mental y creativo. Y la ejecución en el otro, teñida con sangre de victoria o derrota, aunque sangre al fin.

Eros dominaba la guerra en su teoría como pocos, sus aptitudes habían sido excelentes y prometedoras, pero lejos de un campo de batalla real. Por primera vez, la moneda había caído del lado opuesto y, sin haberlo previsto, su aprendizaje se enfrentaba a un escenario tan real como inesperado.

El sonido que provenía desde el exterior era tan avasallador como escalofriante. El bullicio de la multitud exaltada se mesclaba con los estruendos de las estructuras que colapsaban. Eros tan sólo podía aguardar por el desenlace, sometido al encierro en lo alto de la torre.

La situación era compleja, pero se volvió más crítica cuando la presencia de un humo turbio ascendió desde el corazón del recinto. La preocupación del joven iba en aumento al mismo tiempo en que el vapor se volvía más espeso. El olor era nauseabundo, y delataba que el ataque había provocado daños en la propia estructura. La densa niebla fue acaparando el espacio hasta convertirse en una amenaza. Eros respiraba con dificultad y tuvo que asomarse por la grieta para renovar el aire. Mientras se esforzaba por respirar, logró distinguir el exterior. El panorama se volvía cada vez más alarmante. Decenas de soldados del norte trepaban los muros del fuerte con intensión de adentrase. Los guardias luchaban por replegarlos, pero la resistencia no era suficiente. Las filas del norte continuaban sumando guerreros y comprometían seriamente la defensa.

Eros se propuso escapar del lugar a cualquier precio. Se llenó de valor y abordó la abertura. Volcó parte de su cuerpo hacía el abismo y se preparó para el descenso. A fin de cuentas, había postergado esa decisión durante días.

Inevitablemente, miró hacia abajo y percibió la profundidad de la pendiente, la altura lo estremeció por completo. Cerró los ojos y se tomó un instante para tranquilizase. Tenía que seguir adelante, a pesar de que sus posibilidades de supervivencia eran escasas. Sabía que, de resistir el descenso, habría un ejército enemigo esperándolo ahí abajo. Aun así, hasta el momento, la única salida era intentarlo.

Antes de que retomara el curso, oyó una voz que provenía desde el interior de la prisión.

—¿Eros, estás ahí? —escuchó que lo llamaban.

Sorprendido, se quedó inmóvil, tratando de interpretar la escena. Segundos después, tras el muro de humo, pudo divisar la figura de Rolf manipulando la cadena que bloqueaba la puerta de la celda. Una bocanada de esperanza lo invadió y revitalizó su estado cansino. Se incorporó y corrió hasta la reja, mientras la adrenalina le brotaba por la piel. El carcelero terminó de liberar la salida, y ambos cruzaron una mirada intensa que duro algunos segundos.

—Tenías razón, están aquí. Me disculpo en nombre del rey Kalevi —admitió, e hizo una breve reverencia.

—No importa eso ahora, ¿qué tan grave es la situación? —preguntó el joven, preocupado.

—Mucho, no sé cuánto tiempo resistiremos, no estábamos preparados para esto. Si logran ingresar estaremos en serios problemas —dijo, con desesperación—. Ahora salgamos de aquí.

Rolf le hizo un gesto para que lo siguiera y ambos descendieron por las escaleras. El guardia llevaba un retazo de tela en la mano con el que se cubría la nariz para protegerse del humo y Eros hizo lo propio rompiendo parte de su uniforme maltrecho. Tan rápido como pudieron, bajaron decenas de escalones. Durante el recorrido, oyeron voces alborotadas en uno de los descansos y, al aproximarse, se encontraron con guardias escoltando varios nobles, entre ellos al rey Kalevi. El monarca estaba desencajado, no paraba de dar órdenes a los gritos hasta que cruzó la mirada con Eros. Enmudeció al instante, denotando vergüenza en el rostro.

Los soldados advirtieron la presencia del joven y se pusieron en guardia, considerándolo una posible amenaza. Antes de que pudieran moverse, se adelantó Rolf y les hizo un gesto para que se detuvieran. Intentó explicar que él mismo lo había liberado y no representaba un peligro, pero los guardias no estaban muy conformes con los argumentos. Cuando la situación estaba a punto de quebrarse, intervino Kalevi con la voz en alto. Los guerreros se detuvieron de inmediato, como si un hechizo los hubiera paralizado, la fidelidad a su rey era más potente que cualquier embrujo. El monarca dio algunos pasos al frente y, sin mostrar temor, se dirigió a Eros, esta vez mucho más amigable que en su primer encuentro.

—No suelo pedir disculpas, pero haré una excepción —dijo con humildad, lo que era poco común en él—. Te pido disculpas, sé que estoy en deuda contigo muchacho. Tú viniste a alertarnos acerca de este peligro, y a cambio fui cruel. De haberte escuchado hubiéramos estado más preparados, espero que los dioses perdonen mi soberbia.

—Agradezco sus palabras, pero no necesita disculparse —respondió Eros, orgulloso, sentía que había recuperado su honor. A pesar de estar debilitado físicamente, la energía volvía a fluir en su cuerpo y lo impulsaba a hacer algo por la causa.

—El enemigo incendió uno de los salones principales en la base de la torre. Ahora estamos yendo a un lugar más seguro y quisiera que vinieras conmigo. Permíteme ofrecerte protección en compensación por el error que cometí —expresó, cordialmente. Eros se tomó unos segundos antes de responder y, cuando lo hizo, su voz sonó firme.

—Valoro el gesto, pero preferiría en su lugar, que me recompensara con una armadura y una buena espada. Soy un guerrero y pelearé por su reino —afirmó categóricamente. La sorpresa que estas palabras le provocaron a Kalevi se dejó traslucir en su rostro. De inmediato, le ordenó a uno de sus guardias que le diera sus protecciones y armas al joven. Luego le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, y siguió su camino.

Eros se calzó la malla y el yelmo, enfundó la gruesa espada, y los jóvenes guerreros retomaron el descenso por las escaleras. El humo y la penumbra invadían el espacio, pero Rolf avanzaba de memoria por el lugar. Por su parte, Eros se limitaba a seguir sus pasos.

Pronto alcanzaron un nuevo descanso. Allí, el calor se tornaba sofocante y, entre las imperfecciones de las paredes, se colaban pequeños haces de luz, producto de las llamas que ardían en la sala contigua. Rolf, en un acto imprudente, abrió la puerta que conectaba al otro lado, y una fuerte ráfaga de fuego lo hizo retroceder abruptamente varios metros hasta trastabillar y caer al suelo. La entrada había quedado abierta exponiendo el infierno que se desataba dentro. Con ayuda de Eros, logró reincorporarse y se alejaron rápidamente de allí.

A los tumbos, continuaron bajando hasta el final de las escaleras donde, finalmente, pudieron acceder a la salida. Una vez fuera, se tomaron algunos minutos para recuperar la compostura. Extenuados y agobiados por el calor y el humo, daban profundas bocanadas para oxigenarse con el aire puro y frío del ambiente exterior.

Al estabilizarse, pusieron el foco en lo que acontecía alrededor. El griterío era infernal y el miedo se esparcía en cada rincón. Resultaba evidente que el reino no estaba preparado para recibir un asedio de tal envergadura. Los talleres y establos estaban abarrotados de mujeres, niños y hombres de oficios ajenos a las armas quienes, aterrados, buscaban refugio. Todos los guerreros se encontraban apostados en las almenas y puestos de defensa, intentando replegar la invasión enemiga. Muchos soldados yacían abatidos al pie de los muros, donde sus cuerpos, agonizantes o sin vida, denotaban la crudeza de la embestida enemiga.

Diversas estructuras estaban dañadas por los incendios. La armería había perdido el techo, el cual había colapsado tras quemarse. Al mismo tiempo, un pequeño santuario ardía en llamas, ubicado a pocos metros de la Torre del Homenaje. A lo lejos, vio cómo un grupo de soldados hacía esfuerzos para contener el fuego y evitar que se propagara a otros sectores.

Eros y Rolf corrieron atravesando el patio de armas en dirección al frente del castillo. Al mediar el recorrido, una nueva oleada de flechas invadió el cielo como una lluvia de fuego. Desesperados, se ocultaron dentro de un carro que contenía rollos de heno. Pronto se oyeron los impactos de las saetas impartiendo el terror por doquier. Cuando parecía que el ataque había culminado, la punta de una flecha atravesó la madera de la carreta y se incrustó en el brazo de Rolf. El muchacho gritó por el dolor de la herida y, con pánico, pudieron comprobar que había quedado atrapado en la madera por culpa de la flecha. Poco después, el pasto seco comenzó a liberar humo comprometiéndolos aún más. Mientras los jóvenes vacilaban sin saber qué hacer, el fuego ganó terreno y se convirtió en una verdadera amenaza. Eros tomó la punta de la flecha con una mano, y con la otra desenfundó su espada. Rolf lo miró extrañado y aguardó con nerviosismo lo que estaba a punto de hacer. En un movimiento limpio, el filo de la espada quebró la saeta desde la base que sobresalía de la madera. Rolf quedó liberado, pero el objeto aún atravesaba el musculo de su brazo. Sin dudarlo, Eros tomó la punta de la flecha y, de un tirón, la arrancó de cuajo. El joven se encorvó por el dolor y la sangre brotó de la herida por algunos segundos. Sin perder tiempo, corrieron con prisas escapando de la amenaza del fuego y retomando el curso hacia una de las torres principales con la idea de sumarse a la defensa.

Una vez en la base de la torre, accedieron rápidamente a las escaleras internas, les urgía sumarse a la batalla cuanto antes. Las paredes emanaban un calor intenso, inesperado por tratarse de granito ya que solían ser frías y húmedas, sobre todo por las noches. Pero al asomar a la superficie, encontraron una explicación tan reveladora como escalofriante. Desde la altura de las almenas, se alarmaron ante los focos de incendio que rodeaban el exterior del fuerte, un cerco de humo y calor sofocaba las murallas. El objetivo principal estaba puesto sobre las torres frontales, donde se concentraba la mayor defensa. Los soldados del norte buscaban neutralizarlas para poder concentrar sus energías en el ascenso a los muros a través de los flancos, donde los puestos de guardia eran mucho más débiles y rudimentarios.

A raíz de la poca visibilidad, la permanencia en las garitas de la torre resultaba una clara desventaja. Por lo que los jóvenes guerreros decidieron abordar el adarve que conectaba con el siguiente puesto de vigía, el cual se hallaba a mitad del ala izquierda del castillo. El camino solía utilizarse durante las rondas de guardia, pero no era muy conveniente para apostarse puesto que los exponía demasiado.

Antes de arribar al mirador, los sorprendió un soldado del norte asomando el torso por entremedio de las almenas, quien se detuvo al observarlos. Rolf desenfundó la espada con su brazo sano y se abalanzó contra el guerrero a pura furia. El soldado hizo lo propio con su arma y, a pesar de su posición desfavorable, se las ingenió para bloquear la embestida. El joven repitió la maniobra con más ímpetu que destreza y, está vez, su adversario, un veterano bastante más fornido, supo contrarrestar la ofensiva. Soportó el ataque con un nuevo bloqueo, y replegó su robusto brazo amortiguando el impulso hasta quedar cara a cara, luego lo extendió con rudeza y el joven salió despedido. Rolf trastabillo algunos pasos y resbaló sobre el límite interno del adarve. Antes de caer por el precipicio, soltó el arma y pudo sujetarse del borde. Con uno de sus brazos herido, apenas lograba sostenerse y no podía reincorporase. Mientras tanto, el soldado del norte había completado el ascenso y Eros observaba la situación paralizado. Era la primera vez que se encontraba en un enfrentamiento real, fuera del ámbito controlado de un entrenamiento.

La situación era apremiante: su compañero a punto de caer al vacío, el hombre frente a él dispuesto a acabar con la vida de ambos y él entre medio de ambos. Debía reaccionar y poner en juego todo lo aprendido, y así destrabar la encrucijada como un verdadero guerrero. Miró a su contrincante fijamente a los ojos, y la malicia que percibió en su mirada le recordó las razones por las cuales había llegado hasta allí. La opresión del norte, el sufrimiento de su pueblo y las batallas innecesarias que habían despertado la furia de los dioses, fueron algunos de los motivos que desfilaron por su mente en ese segundo, y su orgullo y valor emergieron desde su interior llenándolo de fuerza y valentía. Con dientes apretados se repitió a sí mismo: «Soy un guerrero, soy un guerrero».

Con la confianza como aliada, Eros se aproximó al soldado del norte tomando la iniciativa. Simuló un ataqué vehemente y desordenado, tal como lo había hecho su compañero, pero al alcanzar la línea de contacto, retrocedió un par de pasos. El veterano, sin dudarlo, lanzó una embestida con su espada, pero la trayectoria de su arma atravesó sólo el vacío. Mientras la inercia aún retenía el cuerpo del grandulón, el joven aprovechó para aplicar un ataque simple y directo en línea recta hacía el hombro de su oponente. El metal se enterró varios centímetros en la carne y provocó que el guerrero soltara su arma, la cual cayó hacía el interior de la fortaleza.

Eros se impresionó ante la facilidad con la que había vencido a su enemigo, y su confianza se acrecentó. El veterano se arrodilló y le suplicó clemencia. La situación era inesperada, ya no se trataba de una práctica y aquel sujeto lo hubiera despedazado de haber tenido la posibilidad. Eros vacilo un momento, jamás le había quitado la vida a nadie, aunque sabía que era parte de la batalla. La sensación que sentía era tan inédita como contradictoria.

Por detrás, Rolf le gritaba para que lo acabara de una vez y volviera para auxiliarlo. Eros no pudo asesinar al guerrero a sangre fría y decidió retroceder hacia la posición de su compañero. Le tendió la mano para que se aferrara a él y, antes de que pudiera sostenerlo, el joven guardia lo alertó desesperadamente para que se volteara. De inmediato, Eros giró y se topó con el soldado del norte sosteniendo una daga en su mano, a punto de apuñalarlo. Consiguió bloquear el brazo con una patada, pero el cuchillo le rozó la pierna abriéndole una herida. El dolor le recordó lo ingenuo que había sido al perdonarle la vida. Se incorporó con rabia y, al encontrarse cuerpo a cuerpo, le atravesó el abdomen con la espada. El grotesco se dobló sobre si mismo, y comenzó a brotarle sangre por la boca. En su último aliento, tan sólo atinó a mirarlo a los ojos hasta derrumbarse, cayendo al vacío. Eros no perdió tiempo y volvió para ayudar a Rolf. Mientras lo rescataba, no podía olvidarse de la escena previa, la mirada agonizante del norteño se había grabado en su mente. En ese instante comprendió la trastienda de la guerra, y la diferencia entre ser un aprendiz y un guerrero.

—¿Debo agradecerte o insultarte? —gruñó Rolf, molesto por lo que había ocurrido.

—No sé qué me pasó, lo lamento —excusó Eros, se sentía avergonzado.

—Tienes buena técnica, pero te comportaste como un novato, parecía como si fuera el primer hombre al que ejecutabas —dijo con ironía, sin saber la verdad. Eros tenía la técnica de un experimentado luchador, pero no dejaba de ser nuevo en la batalla.

Finalmente, alcanzaron el puesto de vigía. Allí, había uno docena de soldados del oeste resistiendo los ataques. El puesto estaba abastecido de insumos de defensa, especialmente lanzas y flechas, además de algunas redes, similares a la que habían utilizado para reducir al joven en su ingreso al castillo.

Eros tomó un arco y flechas y trató de apoyar las maniobras de sus camaradas, quienes intentaban romper las cuerdas de escalar utilizadas por los enemigos. La mayoría de los disparos eran fallidos, requerían gran precisión para que fueran certeros. El desarrolló del enfrentamiento era desfavorable, el ejercito del norte tenía cada vez mayor peso sobre el frente y varios de los soldados comenzaban a dominar las almenas. El asedio era agobiante, Eros consideraba que era cuestión de tiempo para que claudicaran las defensas y el desenlace fuera el peor. Concluyó que debían hacer algo diferente si querían torcer el rumbo de la batalla. Fue entonces cuando pensó en Agatha y su poderío. No había querido exponerla cuando sólo su vida estaba en juego, pero ahora se trataba de un pueblo entero.

Se dirigió hacia el puesto de Rolf, quien se encontraba colaborando con otros soldados, manipulando una pesada red, haciendo un gran esfuerzo a pesar de estar malherido. Eros lo tomó de la armadura y lo apartó algunos metros.

—Esto no está yendo bien —le dijo, tratando de acaparar su atención.

—¿En serio? ¿Y qué podemos hacer al respecto? —replicó, un poco molesto con el comentario que sólo marcaba lo evidente— ¿Se te ocurre algo mejor?

—Sí, pero necesito de tu ayuda —afirmó, convencido.

—No perdamos tiempo, debemos ayudar —recriminó, y giró para continuar con lo que estaba haciendo, pero Eros insistió, esta vez más firme e incisivo.

—Puedo hacer algo para ayudar realmente, pero primero necesito que me ayudes a salir del castillo —explicó, y aguardó expectante por la reacción.

—Si quieres irte, adelante, puedes hacerlo, sé que no es tu batalla —reprochó, contrariado.

—¡Esta sí es mi batalla! —gritó, enérgico—. Si me hubieran creído la primera vez, ahora no estarían pasando por esto. ¿Vas a desconfiar de mí otra vez? —increpó con crudeza, y el rostro de Rolf se transformó.

—Está bien, tienes razón. ¿Cuál es tu idea? —preguntó, más sereno.

—Debes confiar en mí. Créeme, no lo comprenderías. Sólo necesito que me ayudes a salir del castillo. ¿Hay alguna forma en que pueda hacerlo sin que me ataquen? —Sabía que lo que estaba pidiendo era casi imposible.

—Hay una manera —dijo, con una expresión esperanzadora—. Ven, sígueme.

Bajaron por una escalera de cuerdas que conectaba el puesto con una rudimentaria tienda montada sobre el patio de armas. Ambos corrieron varios metros, yendo de un extremo del castillo a otro. Eros, como en toda la noche, perseguía los pasos de Rolf sin saber lo que pensaba exactamente. Se detuvieron frente a una vieja carreta, que se ubicaba en la parte trasera del fuerte. Rolf corrió el trasto hacía un costado y dejó a la vista una puerta de hierro incrustada en el piso. Allí nadie los observaba, y Rolf develó el misterio.

—Aquí hay un pasadizo secreto para escapar del castillo —dijo, señalando la puerta—, su uso es exclusivo de los nobles, nadie tiene que saber que te permití pasar, ¿entiendes? —recalcó, y Eros asintió con la cabeza—. Tienes que entrar por esta puerta y luego descender por las escaleras que te llevarán al interior de la montaña. Si sigues el sendero te conducirá hacia el exterior. En ese punto te hallaras en la mitad de la ladera, luego tendrás que completar el descenso por tu cuenta, hay sogas instaladas que te facilitaran la bajada. Supongo que no habrá soldados a esa distancia. No sé qué tienes en mente, pero espero que sea algo bueno —concluyó, nervioso.

—Gracias por confiar en mí, te prometo que regresaré para ayudarlos —respondió, con gratitud.

—Los dioses te enviaron desde el sur por alguna razón, demuéstranos cuál es —enfatizó, y abrió la puerta. Una polvareda se esparció en el aire y el agujero quedó en penumbras, su ingreso parecía tan siniestro como la garganta de un dragón.

Rolf le indicó que, una vez dentro, podría encontrar una antorcha y material para encenderla. Ambos se despidieron con un ligero apretón de manos, y Eros emprendió la marcha.

Bajó las escaleras hasta llegar al primer descanso. La visibilidad era escasa, pero, tal como lo había indicado su compañero, había una antorcha en el suelo. A su lado, se encontraba una piedra. Al sujetarla, supo que era un pedernal y le sería útil, pero no había pirita ni otro mineral como para generar la chispa. Trato de proceder golpeando la piedra contra su espada, el arma era de acero y ofrecía una buena alternativa para provocar la reacción. Los primeros intentos fueron nulos, entonces recordó su experiencia en el búnker, junto a Aron, donde no había sido sencillo, pero habían insistido hasta lograrlo. Continuó probando y las primeras chispas se hicieron presentes, la combinación daba resultado, así que acercó la antorcha y volvió a repetirlo. Finalmente, apareció el humo que deseaba, y al cabo de algunos segundos, el artefacto iluminó el espacio.

Sin perder tiempo, continuó el descenso por las escaleras. El acceso estaba en buenas condiciones, pero a medida que avanzaba, el oxígeno se reducía afectando su respiración. La humedad en el pasadizo era insoportable, y el olor rancio lo hacía aún más tedioso. De todos modos, la incomodidad no representaba un obstáculo para Eros, y menos aún al compararlo con todo lo vivido en sus últimos días.

Tras cientos de escalones, finalmente, llegó a la base de la escalera, donde el túnel continuaba en un plano horizontal. Todo acontecía tal como le había explicado Rolf. Al completar el sendero, se topó con un portón bloqueado desde dentro por una cadena. Bastó algunos golpes con la espada, y el acceso quedó liberado. Abrió la puerta con cautela, y se encontró con el exterior de la montaña. Eros respiró hondo y pudo quitarse el ahogamiento del encierro. Una vez fuera, volvió a sentir la crudeza del frío y el ambiente hostil de la montaña. Para su sorpresa, el terreno no era tan empinado como lo había imaginado, aunque todavía estaba a una distancia considerable de la base. Por fortuna, no había soldados del norte que amenazaran la misión y pudo continuar la marcha sin inconvenientes.

El primer tramo resultó accesible, la pendiente era leve y había arbustos para sujetarse, pero cuesta abajo el panorama se iría dificultando. Cuando apenas restaba una decena de metros para alcanzar el pie de la montaña, el terreno cambió abruptamente, no había de qué aferrase y la caída era muy vertical. Buscó a su alrededor las sogas de las que le había hablado Rolf, pero no pudo encontrar nada. Se sentía frustrado, el objetivo estaba cerca pero los últimos pasos eran los más peligrosos.

El tiempo apremiaba y decidió tomar riesgos. Apoyó el cuerpo completo sobre la roca para aumentar la superficie de contacto y probó avanzar con suma cautela. Al principio, aplicaba movimientos cortos y precisos para no cometer errores. La técnica le estaba dando resultado, lo que hizo que fuera ganando confianza, pero al relajarse un poco apareció el primer fallo. Uno de sus pies se zafó del relieve y su cuerpo se abalanzó. Hizo esfuerzos por recuperar el equilibrio, pero la suerte no estuvo de su lado. Descendió algunos metros en caída libre e impactó contra una roca. Aturdido, rodó los metros restantes hasta llegar al fondo. Quedó tumbado en el suelo, boca arriba e inmóvil. Le dolía todo el cuerpo y la cabeza le daba vueltas, pronto sintió que comenzaba a desvanecerse. Apenas podía percibir el frío y oír el sonido del viento retorciendo las ramas. Vulnerable y confundido, permaneció en la misma posición por varios minutos.

El tiempo pareció detenerse, hasta que una sombra, grande y repentina, irrumpió en el ambiente. Eros aún padecía las secuelas de la caída, y su visión era demasiado borrosa como para entender lo que sucedía. Trató de enfocar la mirada, pero no lograba conseguirlo. A pesar de su estado, sentía que esa presencia seguía estando ahí, lo que le resultaba sumamente inquietante. Se esforzó por volver en sí y, al recuperar algo de energías, se impulsó para erguir su cuerpo. El envión le alcanzó para levantar el torso, y se quedó sentado en el piso, sostenido con sus brazos por detrás. Al levantar la cabeza, logró vislumbrar un enorme hocico blanquecino. El calor que emanaba lo trasladó a una sensación extrañamente familiar. Antes de entender lo que pasaba, sintió una caricia bestial, húmeda y fibrosa, cruzarle el rostro.

El contacto había sido inesperado y desagradable, lo suficiente como para hacerlo reaccionar. Mientras se secaba las mejillas con las manos, abrió los ojos, ya mucho más despejados, y observó a Agatha frente a él. La dragona lucía igual de deslumbrante, pero con una actitud mucho más dócil y amistosa. Parecía eufórica por volver a verlo. Intentó lamer su rostro nuevamente, pero Eros la apartó con el brazo entre risas, aunque le reconfortaba el gesto.

El reencuentro con su compañera fue una inyección de energía que, a pesar de los machucones, le permitió reincorporarse. No parecía acarrear heridas graves, pero una de sus piernas estaba afectada por una fuerte contusión, lo que le impedía pararse con normalidad. Agatha intuyó su dificultad y se inclinó para que subiera a su lomo. La conexión entre ambos parecía estar más sincronizada que nunca.

Eros montó a la dragona y rápidamente levantaron vuelo. En cuestión de segundos, alcanzaron gran altura. La perspectiva aérea les ofrecía un panorama completo de la situación en el castillo del oeste. El estado era preocupante, los focos de incendio se habían intensificado y los enfrentamientos sobre los muros eran más numerosos.

El joven estaba abrumado por el cansancio y las heridas, sin embargo, junto a Agatha, había recuperado el sentimiento de seguridad y protección. Después de días sombríos, finalmente se sentía a salvo. Paradójicamente, su posición era mucho más favorable que la de los hombres del oeste, quienes lo habían maltratado, y ahora eran ellos quienes estaban en serios apuros. Debía tomar una decisión difícil entre resguardar su vida y transitar un nuevo camino, o ser fiel a su palabra y regresar con ayuda como le había prometido a Rolf.

Su cuerpo le exigía una tregua, un poco de paz, pero su corazón lo llevaba a la batalla, y en cada latido lo impulsaba a convertirse en el guerrero que siempre había añorado. Sentía que, probablemente, tenía en sus manos la última esperanza del pueblo del oeste y, a su vez, una gran oportunidad para demostrarle a todo Tibur de que estaba hecho. No tuvo que pensarlo más y le indicó a Agatha que volara hacia el fuerte. Sintiendo la fuerza de su decisión, la dragona enfiló hacia el castillo como un vendaval de poder y energía.

A gran velocidad, se dirigieron al punto de conflicto y, a medida que se aproximaban, la situación se notaba más compleja e irreversible. El oeste perdía terreno y sus defensas estaban a punto de claudicar. El objetivo del norte era un misterio, pero algo era seguro: se estaba haciendo realidad.

Antes de sumarse a la batalla, sobrevolaron la fortaleza dando giros a una distancia prudencial. El sonido estremecedor de la muchedumbre se silenció por un momento, y las embestidas tanto del norte como del oeste se interrumpieron. La presencia del dragón blanco, imponente y desafiante, había acaparado la atención de todos los hombres, sin importar su bandera. Pocos guerreros habían podido observar un espécimen como ese, y quienes habían tenido la oportunidad difícilmente habían sobrevivido para contarlo. Pero jamás había sucedido algo semejante fuera los límites del Bosque Encantado. Aquel suceso era tan novedoso como amenazante, y dejó a todos los presentes paralizados.

Eros entendió que ese era el momento preciso para atacar, antes de que reaccionara el ejército del norte, o que los guerreros del oeste dudaran de qué lado estaba. Una simple orden del joven desató la furia en el dragón. Agatha se lanzó como una flecha contra el flanco más comprometido del castillo. Se deslizó con un vuelo rasante por encima de los muros, de punta a punta, y lanzó tantas llamaradas como le fue posible. Los soldados del norte, quienes trepaban la muralla o estaban a punto de hacerlo, fueron envueltos en un fuego abrasador que los reprimió de inmediato. Había bastado un mero ataque de Agatha para reducir el primer frente de batalla del norte. Varios hombres cayeron desde las alturas obteniendo serias consecuencias y, quienes aún permanecían de pie, corrían envueltos en llamas tratando de apaciguar el daño con los remanentes de nieve que yacía en los alrededores.

Agatha ascendió a gran altura para evitar cualquier tipo de contraataque. Repitió las maniobras de sobrevuelo, apreciando cómo cambiaba el panorama. El norte estaba abandonando su posición dominante y mostraba una actitud mucho más conservadora. Los soldados se habían replegado varios metros de la fortaleza, y quienes habían logrado ingresar quedaron en desventaja numérica ante los guardias del castillo, cayendo uno por uno.

Aún restaba consolidar la supremacía, por lo que un nuevo ataque se volvía necesario. Pronto, Agatha se reincorporó a la batalla, esta vez dando un giro completo sobre el exterior del castillo. A su paso, eliminó todo tipo de amenaza que hubiera al acecho, y el perímetro de las murallas quedó ardiendo en llamas, imposibilitando que el norte retomara su objetivo.

Tras el ataque, repitieron el mismo procedimiento, y volvieron a ascender. Desde lo alto, pudieron advertir el punto de concentración del ejército adversario. La invasión se había cimentado en el valle encerrado entre las montañas en dirección norte. Allí, tenían base varios puestos de guerra donde, aparentemente, estaban abasteciendo de armas y provisiones a los soldados. Se podía especular con la idea de que habrían accedido a la región por ese sector, organizándose para la batalla.

Sin ánimo de provocar mayor daño del necesario, Eros optó por dar una fuerte advertencia, y dejar que la reacción del enemigo determinara el siguiente paso. Fue así, que impulsó a su dragona contra los puestos de abastecimientos y, con bocanadas de fuego, se ocuparon de incendiar los blancos designados. Los daños materiales habían sido importantes, y un gran golpe para la misión de los norteños. Luego de esto, fueron hacía la cima de una de las montañas que rodeaban el valle, y aguardaron por el accionar del enemigo.

Al poco tiempo, las tropas del norte emprendieron una rauda retirada. Con importantes daños materiales y bajas sustanciales, habían quedado tan debilitados que abandonaron su propósito, al menos, por aquella noche. Había sido en embate directo e implacable, pero sólo era una batalla. La guerra apenas había empezado.

Eros sentía enorme satisfacción por lo que había logrado, pero sabía que de nada serviría sin tomar medidas a futuro. Pensó que la unión entre el sur y el oeste era el único camino hacía la victoria definitiva. Antes de emprender el regreso, consideró importante acercarse a Kalevi, esta vez desde una posición mucho más firme.

Partieron de la cima y se acercaron lentamente al castillo del oeste. Con cautela, la dragona realizó un descenso sobre el fuerte, donde la situación lucía mucho más calma que antes. Los guardias se hallaban apostados con normalidad, mientras otros colaboradores se encontraban reduciendo los últimos focos de incendio. No había reacción ofensiva contra ellos, aunque la expectativa era absoluta. Agatha aterrizó sobre el patio de armas, bajo un ambiente de máxima tensión e incertidumbre. Sin embargo, el comportamiento de los presentes era completamente pacífico, estaba claro de qué lado había estado la dragona.

Mientras sólo el murmullo se destacaba en la quietud, Eros descendió del lomo del animal y se paró frente a la muchedumbre, a escasos metros de distancia. Entre el gentío, apareció Rolf, quien dio varios pasos por delante del resto.

—La razón por la que los dioses te trajeron al oeste fue para salvarnos, este pueblo te estará eternamente agradecido —dijo, emocionado, rompiendo el letargo de la muchedumbre.

Detrás de él ingresó Kalevi. Sin emitir palabras, avanzó con un aplauso que se fue intensificando a medida que el resto de los presentes se sumaban al gesto. En cuestión de segundos, un batir de palmas enérgico y generalizado acaparó todo el espacio. Eros se llenó de emoción y una sonrisa plena se instaló en su rostro. El corazón le rebozaba de orgullo y alegría, jamás se hubiera imaginado una escena semejante. La victoria y el reconocimiento lo abrazaban, y lo elevaban a ese lugar singular dónde sólo los grandes guerreros logran arribar: la gloria.

32

El aire aún olía a ceniza y madera quemada. Las escenas del brutal combate entre guerreros del oeste y del norte permanecían grabadas en las retinas de los sobrevivientes. El enfrentamiento había dejado graves secuelas, físicas y materiales. Se habían vivido horas de extrema incertidumbre y terror en el castillo de las Tierras Altas, pero el final hubiera sido devastador de no haber sido por la providencial aparición de Eros y su dragona.

A pesar de las pérdidas, prevalecía un estado de euforia y optimismo entre los nobles y el mismo rey. El potencial bélico que había demostrado Agatha despertaba gran interés y esperanza. La última noche no había sido una más, se trataba de un hecho trascendental que, sin dudas, se perpetuaría en la mente y relatos de muchos, una de esas historias que jamás dejaría de contarse a través del tiempo.

Kalevi sabía que Eros era un alma libre, alguien que, sin pertenecer a su pueblo, había combatido por ellos. Pero nada lo ataba a su reino. Por el contrario, el oeste era quien estaba en deuda con él, por la ayuda recibida y por el mal trato que se le había dado en su llegada al castillo en primera instancia. Era así que el rey deseaba enmendar y fortalecer su vínculo con el joven guerrero. Tras la dura jornada, le había ofrecido a Eros descansar en una de sus mejores alcobas, con un trato preferencial, el mismo que le hubiera ofrecido al invitado más destacable. Además, le había entregado el establo más grande para que albergara a su dragona, la verdadera heroína.

A la mañana siguiente, el rey había organizado un banquete especial para agasajar al joven sureño y, sobre todo, definir algunas cuestiones cruciales pensando en el futuro. En el salón principal de la Torre del Homenaje, estaban reunidos varios nobles y militares de alto rango, además del rey Kalevi y, por supuesto, el invitado de honor: Eros.

—Estamos muy agradecidos por lo que hiciste la última noche. Siempre serás reconocido por nuestro pueblo —elogió el rey, por enésima vez. Se mantuvo en silencio un instante, tratando de encontrar las palabras adecuadas para continuar —. ¡Eres extraordinario! ¡Domaste a un dragón! —exclamó al fin, sin poder contenerse, y miró a los presentes con un gesto de asombro, un poco sobreactuado. Lentamente, comenzaba a dirigirse al punto de interés.

—Discúlpeme Majestad, pero no se trata de domar a un dragón —respondió, un poco molesto por las palabras de Kalevi. La conexión que tenía con Agatha nunca había sido forzada, sino generada por el vínculo que ambos habían forjado desde que el animal era una simple potrilla, y que supo sostenerse, incluso, tras convertirse en dragona. En ese instante, en medio de esa charla, el joven se dejó llevar por una reflexión, y, sin querer, se abstrajo un momento de la reunión.

Eros comprendió que el poderío del dragón sería revolucionario en las batallas y que, tras la demostración de Agatha, no habría rey en Tibur que no deseara contar con uno en sus filas. Sin embargo, lo cierto era que nadie sabía aún cómo lograrlo. Sólo él había generado aquel vínculo, y eso, sin duda, implicaba una gran responsabilidad. Pensó que debía manejar el asunto con extrema cautela y, por ahora, preservar en secreto el modo en que lo había conseguido.

Con la mente más clara, volvió a involucrarse en la reunión.

—Disculpa, muchacho, ¿te sientes bien? —preguntó uno de los colaboradores de Kalevi, al ver la dispersión del joven.

—¡Sí! Perdón, me distraje un momento —agregó, e intentó recuperar el hilo de la conversación—. Creo que, en realidad, el dragón me dominó a mí —expresó, con tonó de broma, y los presentes acompañaron con risas el comentario.

—Tú valentía y destreza nos tiene sorprendidos, eres un verdadero guerrero —afirmó el rey, insistiendo con los halagos. Sabía la importancia de contar con Eros en el futuro, y quería retenerlo, necesitaba seducirlo de algún modo—. Quiero que alcemos las copas en reconocimiento al gran *domador de dragones* —expresó, y bautizando en ese momento al joven con un ingenioso apodo. Todos brindaron y celebraban alborozados el acontecimiento. Mientras la mayoría de los presentes vivían con júbilo el éxito de la victoria, Kalevi se sentía intranquilo. Si bien reconocía el logro, le inquietaba perder el poder de Eros.

»El verdadero reconocimiento se demuestra con acciones —declaró, y se preparó para abordar el punto coyuntural de la reunión—. Queremos que te quedes en nuestro reino, que te conviertas un guerrero real, un noble caballero del oeste. El lugar que no supieron darte en el sur, aquí lo tienes ganado. ¿Quieres unirte a nuestro pueblo? —preguntó finalmente, y esperó ansioso la respuesta del muchacho, quien estaba sorprendido y orgulloso al mismo tiempo. Sin embargo, sus planes eran mucho más loables que convertirse en un hombre acomodado.

—Su ofrecimiento me halaga, pero me temo que no podré aceptar su propuesta —respondió con temor, no quería ser provocativo. Aun flotaban los malos recuerdos de su primera estadía en el castillo.

—Destaco tu humildad, y entiendo que no sea fácil aceptar una propuesta tan importante. Pero te estoy ofreciendo una posición inmejorable, que nadie te dará en la vida. Tendrás comodidades y placeres que jamás hubieras imaginado. Ya no deberás preocuparte por la manera de sobrevivir cada día —aseveró, cayendo en demagogia—. Te daré todo lo que necesites, todo lo que has soñado, sólo una cosa te pediré a cambio: tu secreto —concluyó, y aguardó más expectante que nunca.

—¿Qué secreto? —balbuceó, haciéndose el desentendido, se sentía acorralado. Mientras, uno de los nobles, el más veterano, se sumó al diálogo.

—Eres joven y fuerte, a tu edad todos tuvimos sueños de grandeza, pero créeme, el tiempo pasa y llegamos a un punto de la vida dónde necesitamos asegurar nuestro bienestar. Tú tienes la posibilidad de resolverlo en este momento. Eres un aventurero, pero también una persona inteligente, toma la decisión correcta —enfatizó, dejando clara su opinión.

—¿Cómo domaste al dragón? —preguntó el rey, directo, ya sin vueltas.

—Majestad, llegué hasta aquí con ánimo de ayudar, y vaya si lo he hecho. Ahora debo continuar mi camino hacia el sur, ellos también corren peligro. Me enorgullece todo lo que me ofrecen, pero me alcanza con el reconocimiento que he recibido en el patio de armas. Ser aceptado por este pueblo es suficiente para mí —argumentó, preparando el terreno para su respuesta—. Mis experiencias más recientes me enseñaron que el dragón es el ser más excepcional que haya existido. Es un ser majestuoso, pero también peligroso, su poderío no tiene comparación. Lo que sucedió en el combate también fue novedoso para mí. Es una gran responsabilidad, un poder semejante podría ser devastador si cae en las manos equivocadas —explicó, asumiendo los riesgos de su postura.

El rey observó a sus colaboradores con un gesto de desconcierto. Sabía que lo que atesoraba el joven era valioso y debía manejarlo con diplomacia, de lo contrario hubiera sido más visceral. No acostumbraba ocupar un rol débil dentro de una negociación, pero debía aceptarlo, había mucho en juego. Al ver que Eros era un hombre idealista, y que difícilmente podría persuadirlo, optó por un camino menos apremiante.

—Me parece muy coherente tu postura. Es algo muy delicado el control de un dragón, espero que sepas llevar ese don —respondió fingiendo resignación. Dejó pasar algunos segundos para que el joven se relajase un poco y arremeter con una estrategia más conveniente—. Nuestra oferta quedará en pie por si cambias de opinión. Pero, más allá de eso, considero que deberíamos unir fuerzas entre el sur y el oeste. Es algo que hemos abandonado en el tiempo y, con la amenazaba latente del norte, deberíamos recuperar. Tú llegada es un claro mensaje de los dioses y no debemos dejarlo pasar —aseveró, esta vez, utilizando un discurso mucho más cercano a las convicciones de Eros. Kalevi estaba dispuesto a cualquier cosa, con tal de mantener contacto con el joven guerrero.

—Sí, es lo que deberíamos hacer. Nuestros antepasados forjaron un gran imperio distribuido en dos reinos, pero, en definitiva, un único pueblo —reafirmó, compartiendo la postura del rey. Eros se sentía mucho más a gusto con el giro que daba la conversación, estaba logrando lo que había añorado desde un principio: volver a unir el sur con el oeste.

—Entonces, sigue tu camino muchacho, confiamos en ti para unir fuerzas con el sur. Será cuestión de tiempo para que la amenaza del norte asome nuevamente, y debemos estar preparados y juntos para la siguiente batalla —afirmó como un verdadero rey.

Kalevi no había podido obtener el método para domar a un dragón, y materializar el deseo de crear su propio escuadrón de dragones, idea con la que había fantaseado la noche previa. Pero, al menos, había conseguido definir un compromiso con Eros en vistas al futuro. Para asegurarse la continuidad de la relación del joven con su reino, le ofreció una carta certificada con el código real dirigida al rey del sur. El gesto fue bien recibido por Eros, quien ya había entendido el sentido de tal formalismo al sufrirlo en carne propia.

*Al venerable y noble soberano,*

***Gregor****, Rey del Sur.*

*Por medio de mi pluma y con el sello inviolable del código real, dirijo a usted estas palabras en virtud de mi majestad, y con el peso de mi voluntad.*

*Se avecinan tiempos difíciles y hoy, como en el pasado, debemos unir fuerzas entre nuestros reinos para enfrentar las sombras del norte.*

*Es imperioso formar un frente común para evitar la destrucción de nuestros pueblos Hemos sido atacados recientemente por nuestro enemigo en común, y sólo hemos sido capaces de replegar a sus tropas gracias a la ayuda fundamental del joven guerrero Eros.*

*Confío plenamente en el muchacho, cuya valentía y honor destaco, y le encargo llevar este mensaje trascendental para el futuro de todo Tibur, esperando una pronta y favorable respuesta.*

*¡Por la hermandad de nuestros reinos!*

***Kalevi****, Rey del Oeste.*

*Código Real:* | ¦ | ¦ | ¦ ¦ ¦ | | ¦ ¦ |